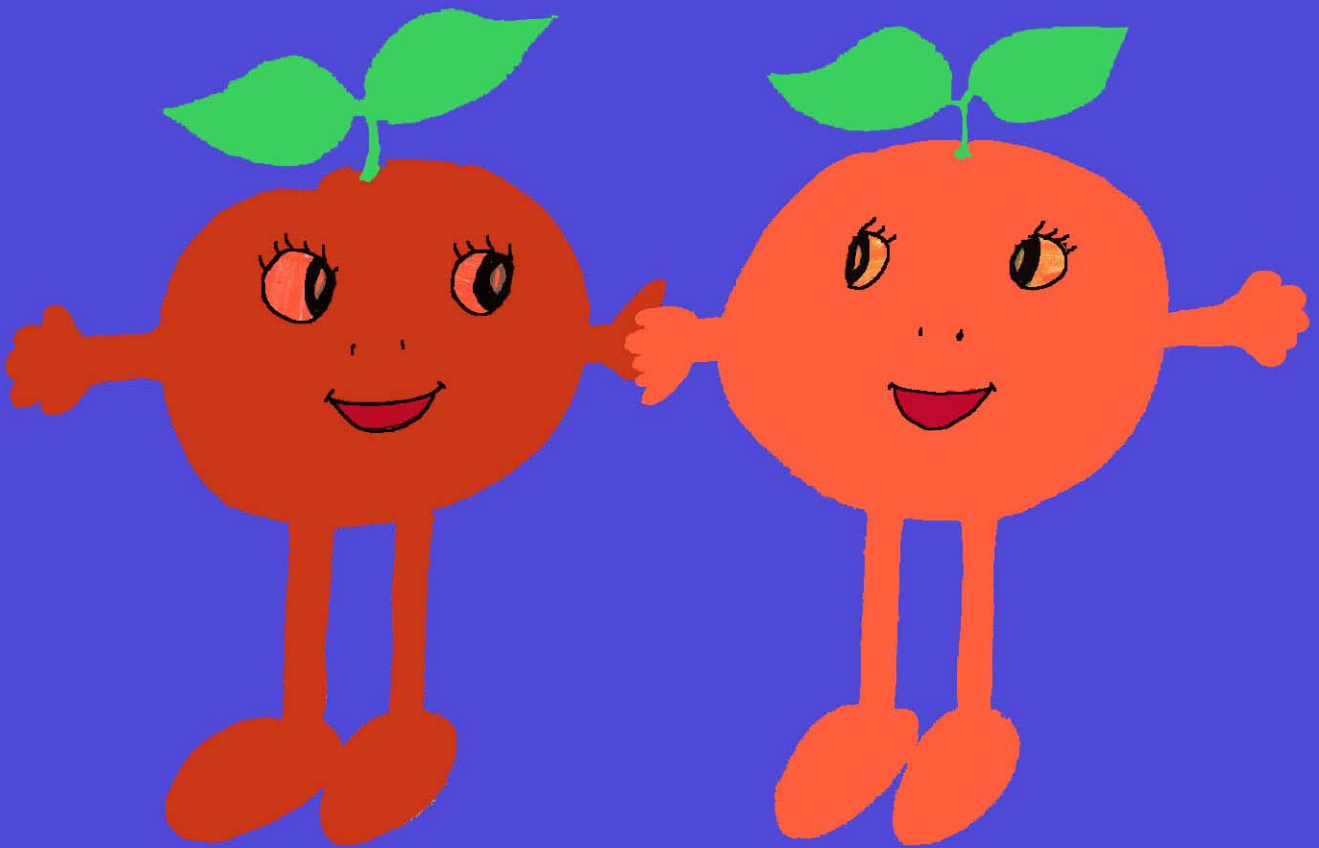


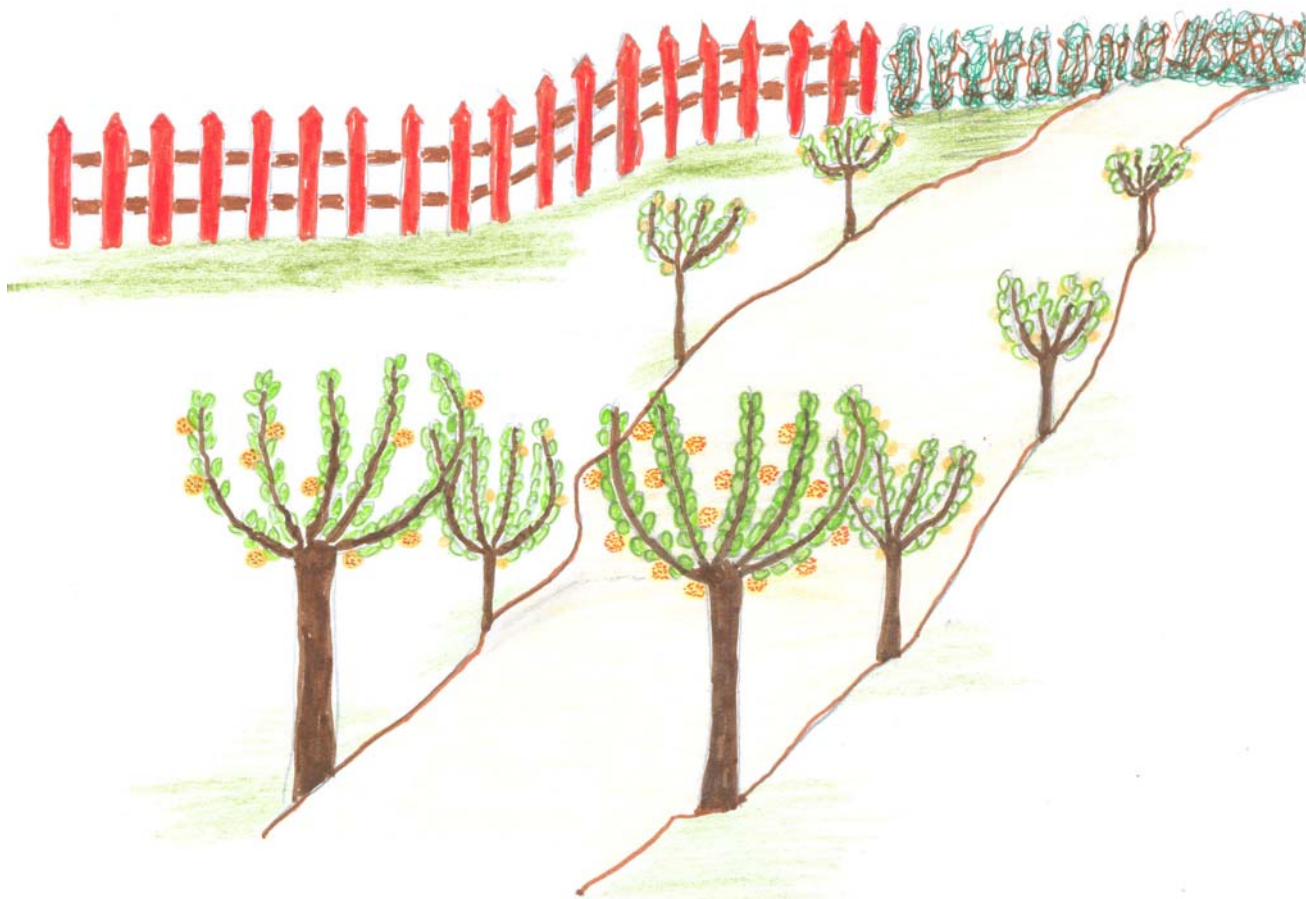
Mandarina  
&  
Clementina



# **MANDARINA Y CLEMENTINA**

---

**Marta Escalante**

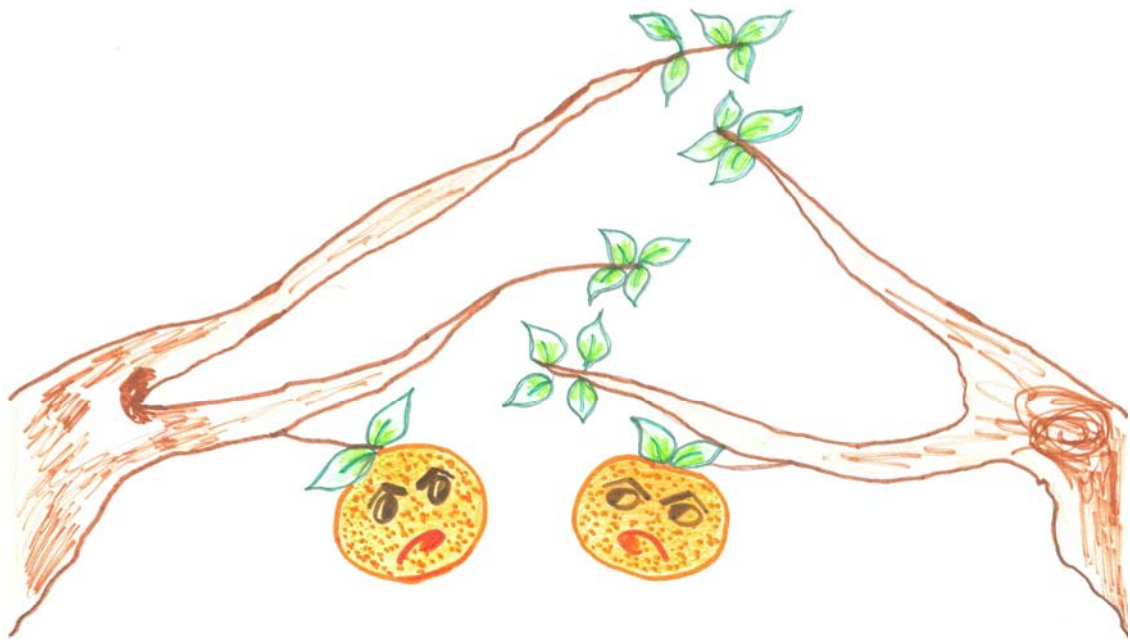


Mandarina y Clementina eran dos frutas amigas que vivían en un huerto. En realidad eran vecinas pues vivían en dos árboles que estaban bastante juntos. Tan cerca estaban que podían pasar largas horas conversando mientras esperaban llegar a ser dos frutas maduras.

Faltaban sólo unos meses para que llegara ese momento pero ahora disfrutaban del sol mientras su piel verde y rugosa tomaba un color cada vez más anaranjado.

La vida en el árbol resultaba bastante confortable, las dos pertenecían a familias muy numerosas y tenían un montón de hermanas, además el huerto en el que vivían era bastante rico, si la lluvia escaseaba nunca les faltaba su ración de riego automático y su dueño las mimaba con los productos necesarios para mantenerlas libres de toda clase de plagas y enfermedades.

Como eran bastante presumidas solían discutir sobre su apariencia.



Clementina estaba convencida de que su madurez llegaría antes que la de su amiga - lo cual era un orgullo para cualquier fruta

de su especie. - Mandarina - ¿has visto que mi piel está cada vez más naranja?

Eso seguramente quiere decir que maduraré antes que tú. - No querida, le contestó Mandarina -, lo que pasa es simplemente que las frutas de tu clase tienen un color más intenso, pero yo prefiero un color más suave como el mío. Y además mi carne es más dulce que la tuya.

Así pasaban los días y se acercaba el invierno. Ellas seguían discutiendo. Las otras frutas del árbol las advertían, - si seguís riñendo tanto nuestra pulpa se volverá amarga y sólo servirá para fabricar mermelada -, pero Mandarina y Clementina seguían sin hacer el menor caso.

A veces hacían planes para el futuro. - Cuando nos recojan me gustaría ir a alguna casa donde puedan apreciar bien mi sabor - dijo Mandarina. Tienes razón no hay mayor orgullo para una fruta de nuestra categoría dijo Clementina, sin embargo nuestro futuro es incierto, solo espero no terminar triturada en cualquier fábrica de mermelada. Para que nuestra carne resulte más dulce tendremos que esforzarnos en no pelear.

La vida en el árbol no siempre resultaba fácil, el invierno podía traer grandes peligros. Una tarde que Mandarina y Clementina estaban tomando el Sol sintieron un frío extraño, un viento helado las hizo estremecer y súbitamente el cielo se cubrió de nubarrones, comenzó a llover y las gotas caían con tanta fuerza que les dolía la cara. Clementina gritó a su amiga lo más fuerte que pudo: - ¡Mandarina, cuidado! ! no son gotas, son granizos!



- Las dos sabían que una fuerte granizada podía ser mortal para ellas.
- No era la primera vez que ocurría, rápidamente se protegieron con las hojas de su rama. Por un momento pareció que los

árboles no tuvieran fruta y es que todas se habían escondido entre el follaje. Cuando pasó la tormenta unas cuantas frutas

- las más débiles- habían caído al suelo.

- ¡Clementina, Clementina!, Contéstame por favor ¿estás bien?

Mandarina estaba muy preocupada por su amiga pero pasados unos minutos ésta le contestó: ¡Mandarina, me han herido!, todavía estoy en mi rama pero tengo todo el cuerpo magullado, nunca había pasado tanto miedo.

- - No te preocupes, - le dijo Mandarina - si no te has caído al suelo te recuperarás, sé como te sientes, los granizos sobre nuestra piel pueden hacer grandes estragos, es como si nos tirasen piedras pero tú eres una clementina muy fuerte, sobrevivirás.

-

A la semana siguiente el dueño del huerto se acercó por allí. Mandarina y Clementina ya habían olvidado el día de la granizada y seguían como siempre hablando sin parar. No se dieron cuenta de lo que Antonio - así se llamaba el dueño -, murmuraba entre dientes. No sé que pasa con estas frutas que no engordan lo suficiente, si siguen así la semana que viene llamaré

a la fábrica de conservas, y aunque pierda un poco de dinero al menos las venderé.

Las discusiones de Mandarinina y Clementina iban de mal en peor. Perdían tanta energía que no se daban cuenta de que cada vez estaban más delgadas. Pero una mañana Mandarinina le confesó a Clementina que no se encontraba muy bien, - Clementina no sé qué me pasa últimamente, me siento muy débil como si me faltara jugo.

¿sabes Mandarinina? Tengo que reconocerte que yo a veces me siento igual y tengo muy pocas fuerzas. Sólo faltan dos días para que vuelva Antonio, si nos encuentra con este mal aspecto no espero que vayamos a parar a ninguna mesa.

¡ Se me ocurre una idea! Quizá si en estos dos días conseguimos no discutir tanto y descansar más aprovecharemos mucho mejor el sol. ¡ Vamos a intentarlo!

A Antonio le empezó a dar lástima de su aspecto y las obsequió con una doble ración de riego. Ellas a su vez pasaron esos días durmiendo bastante y hablando poco.





Por fin llegó el día esperado, en la entrada al huerto había un pequeño camión blanco con grandes letras pintadas en rojo y azul, “FRUTAS ANTONIO, LA MEJOR FRUTA DE MESA”.

Mandarina y Clementina andaban algo nerviosas cuando Antonio dejó unas cuantas cajas vacías a los pies de sus árboles.

Mandarina recordó entonces las palabras de su madre - tened mucho cuidado cuando el dueño del huerto traiga las cajas para recoger la cosecha, pues algunas noches se acercan los muchachos

del pueblo para robar la fruta, y ser robada no es un final digno, vuestro destino es superior, debéis ser vendidas en el mercado.-

Esa misma noche Clementina- que tenía un sueño muy ligero - escuchó las voces de los muchachos que rondaban por allí y acordándose de su amiga se camufló perfectamente entre las hojas.

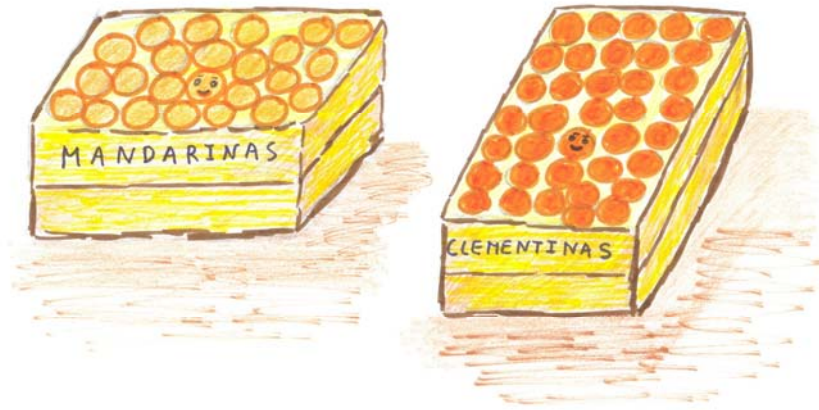
Por la mañana comprobaron que los chicos se habían llevado varias cajas de fruta.

Por fin después de tantos peligros llegaba el gran día:

- Mandarina, estás preciosa, dijo Clementina, - gracias Mandarina tú también estás gordita y apetitosa. Esperemos que Antonio piense lo mismo de nosotras.

Antonio no podía creer lo que veían sus ojos, las frutas estaban en su justo punto de maduración y habían engordado considerablemente. ¡ Vaya cambio y en sólo dos días ! Las venderé bien en el mercado.

Al cogerlas Antonio las separó en dos cajas distintas, en una se leía MANDARINAS y en otra CLEMENTINAS.



entonces Mandarina tuvo una idea, ¡ Clementina, hazme un sitio, voy rodando hasta tu caja !. Como la caja estaba un poco inclinada - y Mandarina rodaba a gran velocidad - fue bastante fácil para ella dar un saltito y entrar en la caja. ¡Hola amiga, la verdad me daba mucha pena no viajar contigo.

Clementina sonreía feliz, con un poco de suerte iremos a la misma mesa y gracias a nuestro pequeño esfuerzo de los dos últimos días daremos vitaminas a dos niños tan amigos como nosotras.

FIN